



# Jokin Muñoz

## Sin tocar el suelo



Galaxia Gutenberg

Serie dirigida  
por Edurne Portela

Títulos publicados:

*El rey en la sombra*, Maaza Mengiste

*Luces de invierno*, Irati Elorrieta

*Una nueva tierra salvaje*, Diane Cook

*Sin tocar el suelo*, Jokin Muñoz

JOKIN MUÑOZ

# Sin tocar el suelo

Prólogo de  
Eduarne Portela

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2022

© Jokin Muñoz, 2022  
© del prólogo: Edurne Portela, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 136-2022  
ISBN: 978-84-18807-90-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Koro*

Aldea Saun. CANCIONES DESDE EL SOFÁ

### LLEGAR MÁS LEJOS

Después de reventar aforos por toda la geografía española con sus deslumbrantes conciertos, Mei, Fran, Guito, Mon y Bli han decidido sentarse en el sofá para llegar más lejos. Bajo el sello musical de creación propia Polvo de duende, la banda *indie* de Chamberí nos presenta un elegante y ecléctico trabajo de estudio que logra transmitir el alma del grupo despojada de la exuberancia del directo.

A lo largo de once temas, casi cuarenta minutos de gozo continuo, Mei desvela su pródigo puzle interior de vivencias y sentimientos, desafiando con sus crípticas letras la posiblemente irónica declaración de transparencia de la exquisita portada, marca de la casa, donde los cinco miembros del grupo aparecen sentados en un sofá a orillas del estanque del Palacio de Cristal.

El álbum aglutina todos los registros del grupo, que son muchos. Se inicia con «Respira por mí», tema del videoclip promocional. Aquí los teclados limpios de Bli –última incorporación de la banda– envuelven la cálida voz de Mei, arrimándola por momentos a los márgenes de la *bossa nova* y el *jazz*. Continúa con «No quedaba nadie» y «Me duermes en tu regazo», paradigmas sonoros de que es posible construir belleza y conmover a partir de la desnudez. Prácticamente sin salir del éxtasis, irrumpe la conocida «Sin tocar el suelo» para llevarnos al *funky* de los ochenta, típica broma del juguetón Fran, que después de poner-

nos a todos a saltar en los directos ahora nos saca del plácido letargo. «De donde viene tu sonrisa» es una concesión que hace Mei a los caprichos jamaicanos de Guito. Ella pone la letra a un *reggae* travieso que gana intensidad y color con las licencias que se atribuye Mon a la batería. Con «Hasta la última astilla» y «Cuando nos mordió la luz» nos asalta el *indie rock* más áspero, que se va dulcificando y democratizando con la pulcra y ortodoxa «Todo lo que veo vuela conmigo», auténtica canción-himno del grupo. Estamos en plena Aldea Saun, donde la voz de Mei apura al máximo todos sus recursos vocales y expresivos. A continuación, Mei se atreve a flirtear con el *british blues* más personal con los cortes «Allá, donde hay otro mar» y «Ni mi corazón sediento».

Pero hemos tenido que esperar hasta el final para asombrarnos con la creación más *Mei* del álbum. Quien pensaba que no se iba a atrever, se equivocaba. El grupo se despide con «Manzanares», y sonreímos con complicidad. Aparecen cinco traducciones posibles de la enigmática canción –una por cada miembro del grupo–, para que el ya hipnotizado escuchante elija la que más le guste. Firma la letra –o lo que sea– un tal *wàigōng*.

Deliciosa autoironía de la líder del grupo.

Álbum: *Canciones desde el sofá*.

Grupo: Aldea Saun.

Sello discográfico: Polvo de duende.

Año: 2023

Mei (Ana Mei Romero, voz), Mon (Ramón Torres, percusión), Guito (Íñigo González, bajo y coros), Fran (Francisco Calleja, guitarra y coros) y Bli (Pablo García, guitarra y teclados).

Próximo concierto: Iruña Rock (Pamplona). 27/05/2023

*lurjo*

1. tocar fondo, decaer; arruinarse
2. caer(se), derrumbar(se), desmoronarse
3. fatigarse, debilitarse
4. estar abatido, estar hecho polvo

*Diccionario Elhuyar Euskara/Castellano*



SIN TOCAR EL SUELO

Apura la última cerveza, antes de dirigirse al concierto, cuando el jefe de recepción del hotel, trajeado y con excesivo olor a colonia, le trae un pequeño sobre sujeto entre los dedos.

–Nos lo acaba de entregar una persona para usted, Sr. *Garchia*.

«*Garchia...*», repite para sí en voz baja, una vez que el jefe de recepción le da la espalda y se aleja sorteando las butacas del salón. Sonríe al comprobar de nuevo la dificultad de algunos para pronunciar bien su apellido. Participa, junto con otras autoridades, tanto de la Diputación Foral de Guipúzcoa como del Gobierno Vasco, en un cóctel previo al concierto inaugural del Festival de Jazz, invitados por el Ayuntamiento de San Sebastián.

Se arregla una vez más la americana fina que le recomendó Josune –su secretaria– para la ocasión, una mujer cuyos tacones oye cada vez que abandona su mesa para acudir a su despacho. «*Sport, Koldo*», le dijo, mientras leían ambos la invitación. Conocía sus dificultades a la hora de elegir la ropa adecuada para cada evento. «Se trata de un concierto de *jazz*, la noche será cálida y se puede abandonar cierto protocolo en el atuendo».

Ahora está sentado en una silla alta, junto a la barra. Mira el pequeño sobre semicerrado. Piensa que no es una manera habitual de comunicar nada, a no ser que se trate de algo que requiera cierta confidencialidad. Va a abrirlo, pero una mujer, a la que nada más ver reconoce como antigua compañera de universidad, reclama su atención.

–Bonita americana, Koldo Gartzia.

Acaba de abandonar el grupo con el que se encontraba para acercarse hasta la barra. Lleva un vestido rojo estrecho que resalta sus caderas. Su torpeza sobre los altos tacones y sus ojos achispados delatan que la copa de vino que sostiene entre los dedos no es la primera.

—¡Kaixo, Arantza! —se baja de la silla con el vaso de cerveza vacío en la mano—. ¡Cuánto tiempo! ¿Sigues en el Gobierno Vasco?

—Ahí sigo, chico. Ya llevo más de quince años. ¿Tú qué tal has aterrizado en el cargo?

—De momento, en período de adaptación.

—¡Quién lo hubiera dicho! ¡Con lo soso que eras en la *uni*!

—Uno va aprendiendo.

—Seguí tu pista a raíz de los Premios Euskadi. Por cierto: ¡doble enhorabuena! Tienes mano para la literatura infantil. Una de mis hijas tiene tu último libro, el del caballo enano que va al caserío y se ríen de él, como lectura obligatoria en la ikastola ¿Cómo es el título?

—*Pottoki baserrian*.

—¡Valiente caballito! Con su trabajo abnegado consigue ganarse la confianza del casero y se convierte en su mano derecha. ¡Pottoki, el jefe de la cuadra!

Da un largo trago a la copa hasta casi apurarla. El rojo intenso de sus labios se aviva con el vino.

—Es como la historia de Orwell pero a la inversa, ¿no crees? ¡Qué paradoja! Luego será troceado en un lote de carne ecológica...

Ella ríe a carcajadas. Él sonríe agarrado al vaso de cerveza vacío.

—¡Quince euros me ha costado, Koldo! ¿Es por los dibujos?

Koldo retrocede hasta lo alto de la silla. Hace amago de dar un trago, pero al instante recuerda que ya no le queda cerveza en el vaso. Ella sigue con la mirada al camarero que recorre la sala con la bandeja de bebidas y canapés.

—Me vas disculpar —dice—. Hoy he venido con la firme intención de pasármelo bien. Aprovecha estos cuatro años, Koldo. ¡La vida es dura ahí afuera!

El concierto de apertura del festival se va a celebrar en la Plaza de la Trinidad, en el corazón de la Parte Vieja. Por la mañana ya había acudido con otras autoridades a una recepción en el Ayuntamiento, seguida de un *lunch*. Ahora se siente un poco cansado. Piensa que debe regular eso de comer continuamente entre horas. Demasiada croqueta.

Deja la barra y se retira a unos sillones bajo una enorme lámpara de araña que abarca todo el centro del salón. Abre el sobre. Se trata de una tarjeta del hotel escrita por los dos lados. Debajo de *Hotel María Cristina* lee una frase. Es una cita para el día siguiente: «Mañana a las 10:00 en Santa María». Le parece raro el lugar: una iglesia. Inicialmente piensa que se trata de algún imprevisto en la agenda. La actuación de un coro, por ejemplo. O quizá un concierto de góspel. Pero no recuerda nada parecido en el protocolo que le facilitó Josune la víspera. Da la vuelta a la tarjeta, al leerla traga saliva.

*Begien bustiak salatzen du ezinaren mina,  
ezpain estu itxiek garrasiaren itoa bezala.*

Se recuesta en el sillón. «Hostia, Luis...», dice para sí, sin soltar la tarjeta de los dedos. «Koldobí...». Coge un cigarrillo y sale a la terraza del salón. La noche es templada y mucha gente pasea por los aledaños del puente del Kursaal. Encuentra al grupo habitual de fumadores: una cuadrilla de funcionarios de la Diputación que se apunta a todos los eventos donde haya algo «para pillar», como dicen ellos. Josune está en el centro del grupo. Se ha hecho unas mechas rubias en el flequillo y viste un vestido corto azul con un enorme escote en la espalda. Ya es el tercer evento que comparten desde que asumió el cargo. Todos levantan las copas a la vez: «¡Iepa, Koldo!». Él acerca la tarjeta a la luz que escapa por la enorme cristalera del salón. Se acuerda de la primera ocasión en que los leyó, pocas horas antes de que la policía irrumpiera en su casa de Pamplona. Estaban escritos en una servilleta de papel depositada en el buzón. Él hizo una torpe traducción, ayudado del diccionario.

La humedad de los ojos delata el dolor de la impotencia,  
como los labios apretados ahogan el grito.

Siempre le han parecido muy limitadas sus aptitudes para la poesía. Quién lo diría, él, un consagrado escritor de cuentos en euskera. Da una calada al cigarro y lo intenta de nuevo:

La impotencia encharca mis ojos  
cuando el grito se ahoga entre mis labios.

«Excesiva licencia poética –piensa–. Se han quedado matices sin reflejar». Se acuerda de Luis. «¡Qué poco pegaba en aquel entorno!». Aplasta la colilla en una maceta y entra de nuevo en el salón. Parece que ya van al concierto.

Se trata de un cuarteto instrumental de Nueva Jersey, acompañado, dice el folleto, por una cálida voz de color. Siempre le ha gustado esa pequeña plaza de la Parte Vieja para disfrutar del *jazz*. La prefiere por delante del Kursaal, por muy moderno que este sea. Además, en esta ocasión van a ver el concierto desde la terraza de una sociedad gastronómica situada justo enfrente del escenario, bebiendo un verdejo frío y degustando, una vez más, croquetas de jamón ibérico y boletus. En noches como esta, con temperatura agradable y sin amenaza de lluvia –algo poco habitual en el Jazzaldia–, uno siente –dicen– «cómo la música acaricia todos tus sentidos».

Koldo Gartzia, sin embargo, está en otro sitio: Pamplona.

Mete la mano en el bolsillo de la americana y extrae de nuevo la tarjeta del hotel. Vuelve a leer el lugar y la hora de la cita. «¿Dónde habrá estado? Seguramente querrá saber».

En más de una ocasión ha escrito en el buscador de Google *Luis Areta*, pero nunca le ha dado el resultado deseado. Con el tiempo perdió fuerza su recuerdo. Pasan los años: Licenciatura en Historia, publicación de los primeros relatos, trabajo en la editorial, algún que otro artículo en el periódico en euskera *Berria* o en *El Diario Vasco*, siempre complaciente y sin mojar-se demasiado. Muy poca gente sabe que sus orígenes están en Pamplona. Algún periodista sacó a colación lo de su «pasado

etarra» –así lo dijeron– cuando se dio a conocer que podía ser el siguiente Diputado Foral de Cultura. «Un conocido escritor en euskera», lo definieron en los medios de comunicación. La hemeroteca habla de su supuesta pertenencia a un comando de apoyo a ETA allá en su juventud. Los duros ochenta. Pero aquella detención duró lo que duró, pues no existía ninguna prueba de su implicación en el suceso, y dejó de dar juego.

Recuerda de nuevo la pregunta del policía, con aquella servilleta de papel en la mano.

–¿Cuándo recibiste esto?

–Lo he cogido del buzón hoy a la mañana.

–¿Es un mensaje en clave?

–No. Es un poema.

–¿Del memo ese?

Siguen abriendo botellas de verdejo y las fuentes de croquetas no se agotan. La conversación informal ha derivado ya hacia las consiguientes risas y bromas. Llegan los vises. Toca ahora el grupo sin la cantante, que se ha retirado a la parte de atrás del escenario. Es un charlestón que pone a toda la plaza en pie. Josune hace valer sus clases semanales de bailes de salón. El resto hace un círculo alrededor de ella. Alguno mueve un poco la cintura, otros sacuden la cabeza al ritmo de la canción, pero ninguno se desata. Al terminar, el público aplaude entusiasmado. Incluso alguien lanza un ramo de flores a la cantante, que acaba de aparecer de nuevo en el escenario. A la salida, todos opinan que ha sido un gran concierto. Sus compañeros, alguno de ellos todavía con la copa en la mano y masticando, quieren continuar la fiesta. Proponen acudir a un local de *jazz* que está junto a la ría, a la altura del puente del Kursaal.

–¡Anímate, Gartzia! ¡Hay que hacerse al puesto!

Él continúa en Pamplona. «Los años de plomo». A pesar de su crudo final, hay veces que los recuerda como los más divertidos de su vida. Sobre todo algún sábado por la noche, cuando llega a su apartamento cargado de gintonics y se recuesta solo en el sofá frente a la televisión.

Ya ha perdido contacto con su ciudad natal. Desde que sucedió lo de Leire, ha vuelto en contadas ocasiones. Alguna visita a

sus padres antes de que fallecieran y las consabidas bodas de sus amigos, todos ellos ya con hijos y retirados de la circulación. Supo que el hijo de Mikel, el entonces secretario del *euskaltegi* de Pamplona y amigo de juventud, estaba matriculado en el *Basque Culinary Center*. Consiguió localizarlo y, a través de él, contactó con su padre. Comieron en un restaurante situado al final del Paseo Nuevo, sobre la bahía. Hablaron de los viejos tiempos. No hablaron de Leire.

Bajan ahora a un sótano con un pequeño escenario y cuadros de leyendas del *jazz* en las paredes. Un trío de músicos toca *swing*. Se acercan a la barra a pedir las bebidas. «¡Cañas a doblón!», solía decir Leire, cuando alguien proponía tomar algo en algún bar del centro de Pamplona. Les costaba salir del Casco Viejo. De hecho, no lo hacían prácticamente nunca.

Recuerda a Luis en aquel ambiente. Menudo bicho raro. Aquella carpeta gris de la que jamás se separaba, donde guardaba las redacciones de sus alumnos del *euskaltegi* y algo más.

—¿Qué llevas ahí, Koldobí?

—¿Ese texto es tuyo?

—¿¡De Cervantes!? ¡Hostia! ¡El Quijote en el *euskaltegi*!

Él, a pesar de sus libros, sigue sin tener muchos recursos expresivos. «Estamos ante un escritor que destila ternura desde su sencillez», dicen de su estilo. «He ahí las carencias convertidas en virtud», piensa a menudo irónico.

Salen del local de *jazz*. Una ligera neblina se agarra al paseo de la ría. Ha refrescado un poco. Ahora se dirigen hacia el centro. Josune propone entrar en el María Cristina de nuevo y tomar un trago largo en el salón —«¡me encanta esa enorme lámpara de araña!»—. Todos secundan la idea con entusiasmo, menos él. «Estoy cansado», se excusa, mientras gesticula a un taxi que se acerca hacia ellos.

Vive en una zona ajardinada en un alto de la ciudad. Nada más abrir la puerta del apartamento, aparecen ante sus ojos, en una vitrina del salón, los dos Premios Euskadi que le concedieron unos años atrás, junto a un libro tamaño enciclopedia que le regalaron el mismo día que entró a vivir allí: «Floricultura y

jardinería». Recuerda la última mudanza, cómo pesaban aquellas dos estatuillas. El día siguiente a la ceremonia de los premios, cuando lo vieron en las fotos con aquel mamotreto en la mano, tuvo que soportar alguna broma de sus compañeros de la editorial. «Si eso es el Premio Euskadi, el Nobel te lo traerán en camión».

Tira la americana sobre la cama y sale a la terraza. La bahía aparece tenuemente iluminada tras la bruma. Le gusta Donostia, a pesar de que en su cuadrilla de Pamplona, por algún acuerdo tácito compartido y sin conocerla, la aborrecían. *Noñosti*, la llamaban, desde su supuesto pedigrí proletario. «Una ciudad de pijos».

Como dejaba tierra quemada tras de sí, no le costó adaptarse a la ciudad. El primer año lo dedicó a aprender euskera, a través de un programa que ofrecía la propia universidad. Allí empezó a familiarizarse con los libros de relatos infantiles, que eran las lecturas que les recomendaban. Posteriormente, realizó en euskera los cursos de Historia que le faltaban. Al terminar los estudios, y tras un breve paso por las aulas de un instituto de la ciudad, dio a luz su primera entrega de Pottoki: *Pottokiren lagunak*, libro que no tardó en distribuirse por todas las ikastolas de Euskadi.

«*Leireri*», recuerda que puso en la dedicatoria. «A Leire». Con aquello pretendió abrir un libro y cerrar una etapa. Pero no fue posible: su recuerdo no ha dejado de perseguirle. Aparecía en todos los encuentros que realizaba con sus lectores. Siempre había un niño que, pícaro y sonriente, le preguntaba por ella.

–*Nor da Leire?*

Luego llegaron los guiones y colaboraciones para un programa infantil de la ETB –que es lo que, sobre todo, lo dio a conocer– y el trabajo en aquella editorial que al tiempo solicitó sus servicios. Al haberse puesto en marcha hacía relativamente poco la enseñanza pública en euskera, existía, en el terreno de la literatura infantil, un aluvión de originales que esperaban ser publicados. Su trabajo consistía en seleccionarlos. Recuerda aquellas combinaciones infinitas entre animales y escenarios: una foquita



en las piscinas del pueblo, un canguro en la Selva de Irati, un cerdito en las colonias de verano...

Vuelve a sacar la tarjeta del bolsillo. Intenta de nuevo, tirado como está sobre el sofá y con la televisión sin volumen, una traducción más acertada:

La lágrima retenida habla por mi dolor,  
y un grito muere tras mis labios apretados.

Sabe que Leire va a gobernar, una noche más, su insomnio.